

UN DUQUE  
PARA  
*mí*

OLGA SALAR

Marcus Middlethorpe, duque de Rothgar, está decidido a evitar a las matronas que sueñan con casarlo con sus aburridas hijas. Con ese fin, ha trazado un plan que está seguro de que no puede fallar. Con lo que no ha contado es con el carácter de la dama que necesita como cómplice para que dicho plan tenga éxito.

*Lady Brianna Warwick* no desea ser cortejada falsamente para cubrir apariencias. Ella está dispuesta a apostar fuerte y a arriesgar todo cuanto posee, si con ello consigue lo que su corazón ansía: el amor de cierto duque huidizo que la saca de quicio y le acelera la respiración.

# Capítulo 1

«Parece ser que hay cierto duque joven y muy atractivo, a la caza de una esposa ahora que su mejor amiga ha pasado a ingresar en las filas de los felizmente casados. Y según se rumorea, la elegida por el duque sería cierta dama de exquisitos modales y cabellos pasados de moda, aunque bien mirado ¿cuándo ha estado de moda el rojo?»

*Revista Secretos de sociedad.*

Se había convertido en una costumbre que Marcus Middlethorpe, duque de Rothgar, pasara más tiempo fuera que dentro de los salones de baile, donde era acosado por las madres que soñaban con fastuosas bodas para sus hijas, con desposarlas con jóvenes y atractivos duques.

La razón de tanto interés, además del que suscitaba su título, era que Marcus William Middlethorpe era el caballero perfecto: apuesto, refinado, educado y con una reputación intachable. Lo que, para su pesar, lo convertía en el candidato más deseado por las damas casaderas y por sus ingeniosas madres, que eran capaces de propiciar situaciones inverosímiles con tal de conseguir su atención.

Para su completa consternación, había tenido que soportar las apuestas que se hacían sobre él en los clubes de caballeros, y que rezaban que, ahora que su amiga la marquesa de Rothburg estaba casada y ya no podía alejarlo de

las debutantes, caería en los lazos del matrimonio antes del final de la temporada.

Marcus era más que consciente de su deber para con la institución del matrimonio. Como duque de Rothgar, debía de querer casarse y aportar descendientes que heredaran el título, eso nunca había estado en entredicho. Lo único a lo que se resistía el duque era a casarse tan pronto. A sus treinta años, aún no estaba preparado para elegir una esposa, principalmente porque todavía no había encontrado a la mujer apropiada para el cargo.

No es que creyera que el amor era indispensable para casarse, desde niño lo habían educado para que buscara a la duquesa adecuada, no a la esposa perfecta. El punto que le impedía decidirse era que, si bien no buscaba el amor en el matrimonio, sí que anhelaba una mujer a la que no tuviera que ignorar de por vida. Una joven con la que mantener conversaciones agradables y con la que compartir, al menos, algún interés común.

Lo que todos los chismosos desconocían era que Marcus Middlethorpe tenía un plan similar al que había llevado a la práctica durante varios años con su querida amiga Serena Spencer, ahora *Lady St. James*, marquesa de Rothburg.

Una solución que lo había salvado de infinidad de situaciones comprometidas y que, ahora, tenía una protagonista femenina distinta, *lady Brianna Warwick*, la prima de su cuñada *Lady Jane*, esposa de su hermano Edward.

*Lady Brianna* ya no era una debutante, tenía veinticuatro años y había rechazado a un buen puñado de pretendientes, desde que unos meses atrás hubiera decidido cambiar su aspecto y dejar de esconder su belleza tras vestidos insulsos y peinados tirantes y poco favorecedores.

Su familia era de las más antiguas y respetadas de la sociedad, y ella misma era una dama hermosa que atraía las miradas, a pesar de que su belleza era un tanto peculiar. Sus cabellos rojizos y sus ojos dorados no era exactamente lo que estaba de moda, pero eso no la hacía menos atractiva a la vista de los hombres que veían en ella algo más que su cuantiosa dote.

Con un cuerpo redondeado y grácil, era el sueño de cualquiera, a excepción, por supuesto, del propio duque, quien en lugar de interesarse en ella por su físico o por su agudo ingenio e inteligencia, había reparado en el inusual hecho de que no estuviera interesada en el matrimonio (a juzgar por la cantidad de candidatos a los que había rechazado). Por ello, era la candidata perfecta a la que ofrecerle sus fingidas atenciones.

Marcus conocía a la joven desde hacía bastante tiempo y si bien no habían sido nunca grandes amigos, estaba el hecho de que, con la boda de Edward y Jane, prácticamente se habían convertido en familia.

Su hermano y heredero, Lord Edward Middlethorpe, era de los dos el que más trato tenía con *lady Brianna*. Aunque era Sebastian, el hermano menor de ambos, el que había sido siempre el favorito de la dama.

Lo que quizás le hubiera servido de ayuda para saber cómo seguir con su pantomima de cortejo. Sin embargo, Marcus, inteligentemente, decidió que no era buena idea alertar a su hermano pequeño de sus intenciones sobre dicha dama; Ya que Sebastian, en su afán por seguir con su vida disipada y libertina (adjetivos con los que la catalogaba el duque), se había unido a la liga *Casemos a Marcus*, encabezada por *Lady Diana*, duquesa viuda del duque de Perth y madre de su íntima amiga ya mencionada, la marquesa de Rothburg.

De ese modo, si Marcus se casaba y tenía un hijo varón, tanto Edward, el duque de repuesto y Sebastian, el siguien-

te en la sucesión al título, quedaban libres de su papel de herederos del ducado.

Si bien Edward nunca había anhelado el papel de su hermano como duque, tras su boda con *Lady Jane* parecía más reacio a él todavía. Y por ello, se había posicionado entre los que esperaban un compromiso inminente.

Edward, como todos aquellos que se casaban por amor, no pensaba en otra cosa que en convencer a sus hermanos de que siguieran sus pasos y que encontraran a la mujer que debía de hacerlos felices.

Y mientras que consideraba que el hermano menor todavía tenía tiempo para divertirse y disfrutar de los placeres de la vida, era de los que apremiaban a Marcus a que tomara una esposa.

Con todo ello, el duque acabó por decidir que lo mejor era dejarse llevar por la corriente y no cansarse nadando en su contra. Con lo que no había contado era con la reticencia de la dama a ayudarlo en su perfecto plan de evasión.

—Marcus William Middlethorpe, eres la persona más *snob* que he tenido la mala suerte de conocer —dijo *lady Brianna* al tiempo que clavaba su dedo índice sobre el pecho del asombrado duque.

Este la miró estupefacto. Era la primera vez que lo acusaban de *snob*, de hecho, era la primera vez que una mujer lo insultaba.

Ninguna dama había tenido nunca el atrevimiento de ofenderlo. Y no porque fuera un duque y como tal mereciera el respeto de sus semejantes, sino porque sus modales eran impecables.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó ella, cada vez más enfadada ante su silencio.

—Claro, querida. Dime qué quieres que diga y lo haré —le ofreció consciente de que no era eso lo que ella esperaba.

—¡Eres insufrible!

«¡Vamos bien!» pensó. Era la segunda vez que *lady Brianna* lo agraviaba en menos de cinco minutos.

Y, para colmo de males, la enfurecida muchacha se dio media vuelta y se fue, lo que lo obligó a ir tras ella.

Marcus Middlethorpe, duque de Rothgar, no podía permitir que la dama regresara al baile sola. O, mejor dicho, no podía permitirse regresar solo, o todas las madres se le echarían encima para que bailara con sus hijas.

—Brianna, espera, por favor —le pidió mientras comenzaba a andar tras ella.

Obstinada como era, ni siquiera se dignó a girarse. Aceleró el paso, empeñada en deshacerse de él. Marcus se puso a su lado en dos zancadas y le ofreció el brazo, que finalmente se vio obligada a aceptar a regañadientes, cuando el cansancio la venció.

Llevaba toda la noche bailando, apenas había dispuesto de unos minutos para ir al tocador y el paseo que había dado con Marcus, y la posterior huida, la habían dejado exhausta y muy enfadada por haber tenido que mostrar su debilidad y aceptar su brazo.

«Tengo que hablar con Serena, seguro que ella es capaz de explicarme qué le pasa a *lady Brianna*», se dijo Marcus, cada vez más confuso por la exagerada reacción de la joven.

Y todo porque él no le había encontrado el aspecto romántico al hecho de que Harriet Twombly, hija del vizconde de Macclesfield, una dama a la que conocía bastante bien, dicho sea de paso, se hubiera casado precipitadamente para tapar el escándalo suscitado por su fuga con un *baronet* casi arruinado.

Marcus se dijo a sí mismo que el hecho de que la protagonista del escándalo fuera *Lady Harriet*, y no otra, no había influido en su opinión sobre el suceso.

El acto le hubiera parecido igual de inadecuado aunque hubiera tenido otra protagonista. Además, *Lady Brianna* no

podía molestarse, puesto que no estaba al corriente de su pasada *amistad* con la dama.

Por todo ello, y aunque Brianna argumentara, con tanta vehemencia, sobre las razones amorosas por las que se había llevado a cabo ese matrimonio, Marcus seguía censurando semejante comportamiento impropio de la hija de un vizconde.

La hija de un noble debía ser un poco más juiciosa y tener siempre presente el valor del apellido familiar.

Mientras caminaban al interior de la sala de baile, Marcus barajó varias posibilidades por las que Brianna podría haberse molestado.

La primera, que pensara que, al tratarse ella también de la hija de un noble, sus palabras sobre el juicio y el apellido familiar fueran dirigidas a ella, como una especie de aviso para que cuidara su conducta. Pero era la idea más improbable, puesto que todo el mundo sabía que *lady* Brianna jamás había actuado de manera inapropiada.

La segunda, que a sus ojos era la más probable, venía a resumirse con una sola palabra «mujeres». Y Brianna, como una de los especímenes más complicados del género, se había propuesto romperle todos los esquemas, enfadándose por un hecho que no les concernía a ninguno de los dos.

La única solución viable para Marcus, aquella que le permitiría descubrir el modo de ganarse su perdón, pasaba por recurrir a otro complicado ejemplar femenino, a su querida amiga Serena, reciente marquesa de Rothburg.

A su favor se podría alegar que Marcus jamás barajó la posibilidad de que la joven simplemente estuviera celosa.

## Capítulo 2

«Parece ser que cierto duque se muestra especialmente atento con cierta dama que, para sorpresa de muchos, no parece muy alegre de haberse ganado sus galanteos. ¿Estará interesada en el hermano sin título?»

*Revista Secretos de sociedad.*

Desde que había comenzado sutilmente a cortejar a *Lady Brianna*, Marcus se había dado cuenta que la joven era mucho más temperamental de lo que parecía en un primer momento.

En las dos semanas que había pasado a su lado, había comprobado cuan equivocado había estado al creer que ella era dócil y sumisa. Si bien su lengua viperina era la primera vez que se cebaba con él, no era la primera que la veía defender apasionadamente algo en lo que creía.

La temporada anterior, la había visto defender con ingenio a *Lady Elisabeth* ante *Lady Harriet Twombley* y sus secuaces, que se burlaban de la dama y de su elección de vestuario.

En cuanto regresaron al salón, acompañó a Brianna hasta donde estaba su madre y se marchó antes de verse obligado a bailar con la hija menor del conde de Berbrooke, *Lady Victoria*, la hermana de Brianna. Ya que, aunque consideraba a la muchacha encantadora y muy hermosa, no de-

seaba que quedara ninguna duda de a cuál de las hermanas prefería.

Tras despedirse de las damas, avanzó por el salón en busca de la única mujer a la que comprendía y de la que necesitaba, urgentemente, consejo.

Tan pendiente estaba de marcharse que no se dio cuenta de la cara de tristeza con la que *lady* Brianna lo vio alejarse de ella.

—Querida, ¿a quién has reservado el próximo baile? —preguntó su madre, la condesa de Berbrooke.

—A Lord Palmer, pero creo que voy a excusarme con él, estoy cansada.

—¡Brianna! No puedes hacer eso.

—Pero...

Su madre la fulminó con la mirada.

—Tienes que bailar con él, Brianna, o la gente comenzará a hablar.

—¿Porque estoy cansada?

—Porque te niegas a bailar después de haber salido a pasear con el duque. La gente pensará que vuestro compromiso es inminente y, cuando comprueben que no es cierto, comenzarán las habladurías sobre ti.

—¿Todo por un baile?

—He visto cosas peores por mucho menos.

—Es posible, pero yo soy casi una solterona. Te aseguro que no le importa a nadie con quien bailo.

La condesa la miró ofendida.

—Eres la hija de los condes de Berbrooke, te aseguro que eres de gran interés para la sociedad.

—Eso es maravilloso —comentó con sarcasmo.

La risa de Torie les valió a ambas una mirada severa de su madre, una que anunciaba una de sus charlas al llegar a casa.

Brianna no pudo volver a replicar porque, cuando iba a hacerlo, apareció Lord Palmer y se vio obligada a aceptar su mano y a seguirlo hasta la pista de baile.

## Capítulo 3

«A pesar de lo mucho que me gustan las atenciones de Marcus me niego a que me utilice para su propio beneficio. Sé que me merezco más que un cortejo fingido».

Fragmento del diario de *Lady Brianna*  
Warwick.

Marcus se acercó decidido al grupo en el que estaba Serena con su marido, el marqués de Rothburg, su hermano, el duque de Perth, y la cuñada de esta, *lady* Rebecca.

Era la primera fiesta a la que la duquesa asistía tras su reciente maternidad, en la que había dado a luz al futuro duque de Perth, con lo que la sucesión estaba asegurada.

Marcus dio gracias mentalmente porque la duquesa viuda no se encontrara entre ellos. Ahora que por fin había casado a su hija, quien había rechazado a quince pretendientes antes de aceptar a Rothburg, se había propuesto casarlo a él, y *Lady* Diana era tan perspicaz que era imposible darle esquinazo.

La actitud esquiva de Serena durante tantos años la había preparado para ser la perfecta casamentera. Durante varias temporadas, se había escurrido de su propia madre, empeñada en dar con el marido adecuado para su hija, hasta que, finalmente, *Lady* Diana consiguió la boda que tanto había anhelado y decidió pasar más tiempo en el campo que en la ciudad.

Marcus se encontraba a gusto entre esas personas a las que consideraba como su propia familia. A pesar de que por edad era más afín con Charlie, el hermano de Serena, había sido en ella donde había encontrado a su alma gemela. Desde niños se hicieron inseparables.

La marquesa era el contrapunto alocado que le faltaba a Marcus y él era la voz del sentido común que ella tanto ignoraba.

Como habían hecho tantas veces antes, Marcus no tuvo que mirar a su amiga para comprender lo que este trataba de decirle.

—Benedict, ¿te importa si bailo con Marcus esta pieza? —preguntó a su esposo, sabiendo que este no tendría ningún problema con que lo hiciera.

No había nadie entre la alta sociedad londinense que no supiera la relación fraternal que unía al duque y a la marquesa.

—Por supuesto que no, querida.

Ella sonrió encantada y le lanzó una mirada tan intensa que auguraba una maravillosa recompensa por su comprensión.

Marcus le ofreció el brazo, como tantas veces había hecho, y Serena lo aceptó confiada.

También, como otras veces, mientras bailaban en vals, se escabulleron a la terraza, con un arte que habían perfeccionado con años de práctica, aunque esta vez no fuera para huir de la atenta mirada de *lady* Diana y su afán casamentero.

—A ver, cuéntame ¿por qué estamos aquí? —pregunto Serena sonriente.

—Supongo que es la costumbre —se justificó el duque.

—¡Marcus!

—De acuerdo. *Lady* Brianna me ha llamado *snob* —confesó finalmente.

—¿Qué le has hecho?

—¿Qué te hace pensar que le he hecho algo?

—¡Marcus!

—Simplemente di mi opinión respecto a la escandalosa boda de Harriet Twombly, pero ella ya estaba molesta conmigo desde el instante en que me acerqué a pedirle el primer vals. Y no me preguntes qué fue lo que hice para ofenderla, porque no hice nada más que acercarme y pedirle que me lo reservara.

—Marcus, que obtuso eres —se quejó Serena con cariño.

Qué les pasaba a las mujeres esta noche que solo sabían insultarlo.

—Y eso ¿a qué viene?

—No puedo creer que no te hayas dado cuenta todavía.

—¿Qué es lo que se me ha pasado por alto según tú?  
—inquirió con fastidio.

Si había algo que lo molestaba especialmente era que Serena supiera algo que él no sabía y que se tomara su tiempo para decírselo, martirizándolo mientras lo hacía.

—Lady Brianna está enamorada de ti. Y es mucho más inteligente de lo que crees, debe de haber descubierto que simplemente estás utilizándola para esquivar a las debutantes y a sus madres. ¿Le has hablado de amor? ¿La has besado siquiera? Es imposible que un caballero corteje a una dama y que no haya besos de por medio.

Marcus tardó unos segundos en reponerse del efecto que sus palabras habían tenido en él. ¿Amor? ¿Besarla?... No podía ser.

Serena siempre veía cosas donde no las había. Brianna era como una hermana pequeña para él.

Se conocían desde siempre. Si incluso eran vecinos, el ducado era prácticamente contiguo al condado de su padre. Si ella tuviera algún tipo de enamoramiento con él, estaba seguro que se habría dado cuenta.

Y tampoco era posible que hubiera descubierto su juego, al menos no tan pronto.

No dudaba de la inteligencia de Brianna, ni mucho menos, el asunto era que él solo la había sacado a bailar, tal y como hacía cada temporada desde que debutara.

—Estás equivocada. Solo somos amigos y es imposible que se haya dado cuenta de mis intenciones tan pronto —le explicó.

—El que se equivoca eres tú, Marcus. No sois amigos. Brianna es amiga de Sebastian, no tuya y, por lo que veo, ni siquiera la conoces.

¿Cómo podía decir que no la conocía si habían crecido a escasas millas uno del otro?

Tras la muerte de su padre, el conde de Berbrooke lo había visitado con asiduidad, preocupado porque el peso del ducado recayera sobre alguien tan joven. Cada vez que el conde lo visitaba, aparecía acompañado de sus hijas, a las que su propia madre adoraba. Al no haber tenido más que varones, su madre las había adoptado como propias y la relación entre las dos familias se había estrechado tanto que parecían parientes.

—Puede que tenga más relación con mi hermano, dado que su edad es más afín, pero por supuesto que Brianna y yo somos amigos —la contradijo a pesar de que sabía lo mucho que le molestaba a Serena que lo hiciera—. Y puedo asegurarte que la conozco muy bien.

—¿Tan amigos como nosotros? —preguntó ella desafiante.

—Nadie es tan amigo como lo somos nosotros, querida.

—¿Ves? No sois amigos, Marcus, sino meros conocidos. Además, os veis solo en los bailes y tú la utilizas para alejar a las madres a la caza de un marido para sus hijas. Y lo más triste es que ni siquiera te has dado cuenta de que ella es consciente del motivo por el que la buscas.

—Eso también lo hacía contigo y no hay ninguna duda sobre nuestra amistad.

—Eso tampoco es del todo cierto. Nos utilizábamos mutuamente.

Sonrió al recordarlo.

Pasaban más tiempo en el jardín que en el salón de baile, de no ser porque todo el mundo era consciente de su atípica amistad seguro que se hubieran visto obligados a casarse para acallar los rumores.

—¿Qué crees que debo hacer?

—Tal como yo lo veo, tienes dos opciones: o la cortejas de verdad, como haría un caballero enamorado, o la dejas en paz y te buscas a otra dama a la que embaucar.

—No deseo buscar a otra dama.

Serena sonrió, encantada.

—En ese caso tú mismo te has respondido.